

# EL ATLANTE.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre  
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

*S. Nicolas de Bari, Arz.*

Los periódicos rusos han publicado, hace poco el siguiente artículo, con el título de *LUIS FELIPE Y SU CORTE, por un ruso residente en Paris.*

Luis Felipe es un hombre muy notable; su caracter presenta los elementos mas opuestos, y en él se encuentra verdaderamente el Jano de dos caras. Como hombre particular y padre de familia da un ejemplo digno de imitarse, y su talento y amabilidad seducen á cuantos le han visto siquiera una vez dentro del círculo doméstico. Como hombre de estado no deja que se manifiesten estas cualidades, pues tratándose de política, se metamorfoséa completamente, su talento se convierte en astucia y sagacidad, y el diplomático consumado ocupa el lugar del hombre amable. Créntanse cosas de él que admirarian á la imaginacion mas atrevida por la profundidad de miras políticas que denotan y que pudieran poner en duda su probidad; pero en gran parte no son sino calumnias. La gran mayoría de los franceses no ama á Luis Felipe, como lo prueban bien la resistencia que encuentra su sistema de gobierno y las muchas tramas que se han urdido contra su vida; sus partidarios no le son afectos sino por egoismo, y acaso no se ha escaseado nunca tanto en este pais los verdaderos patriotas. No faltan en Francia sabios, hombres de talento, políticos; pero hay muy pocos que obren desinteresadamente, pues no es posible formarse una idea exacta del egoismo y ambicion que dominan á los franceses; esas dos pasiones son las unicas palancas de la actividad social, y aunque hay algunas excepciones, solo se encuentran en las clases que no ejercen influjo alguno en los negocios del

estado, Si quereis adquirir un partidario, no os ocupeis en demostrarle la justicia de vuestra causa, pues perderiais el tiempo; sino dadle dinero, si le teneis, y el hombre es vuestro. Asi ha ganado el partido legitimista al orador Berryer y Luis Felipe á Persil y á otros muchos; y no creais que se guarda secreto acerca de estos vergonzosos tratos; nada de eso todo el mundo lo conoce y se habla de ellos públicamente. M. Thiers durante su ministerio supo sacar partido con mucha habilidad de la cantidad señalada en el presupuesto para gastos secretos; algunos periodicos le calificaron de ladrón, pero el que sabia que no se engañaban del todo tuvo bastante talento para no querer justificarse y reirse de los ataques de los periodistas. Despues que hubo adquirido algunos millones, compró las personas que necesitaba, aumentó su partido, y hoy se halla en la Cámara de los Diputados y aun pretende volver al Ministerio. Si M. Thiers fuese mas intrévido pudiera mirarse como modelo del hombre de Estado.

El Rey no se presenta sino muy poco en público, y cuando sale en coche va rodeado de una escolta que le oculta á la vista de todos, y ademas se esconde dentro del carruaje cuanto puede. — ¿Ha visto V. al Rey en Saint Cloud? me preguntaba un frances muy conocido en Paris. — No se que decir á V. le respondi; no he visto mas que un hombre muy escondido en su coche, rodeado por un destacamento de soldados de caballeria, y metido en una nube de polvo; eso es todo lo que he visto. — Y ¿que quiere V.? Cuando siempre estan queriendo matarle, necesario es que tome algunas precauciones. — Pero ¿no serian las mejores precauciones, la de

conciliarse la benevolencia de los partidos contrarios? — Esto es imposible, pues hay demasiada obstinacion en los principales personajes que los gobiernan. Trate V. por ejemplo de quitar al Duque de Fitz-James el gorro de seda negro que lleva constantemente desde la última revolucion, á pretexto de dolores de cabeza, y antes se dejará guillotinar que descubrirse delante de Luis Felipe á quien aborrece como á su mas implacable enemigo y á quien mira como usurpador. — ¿Y cuantos otros hay que no le miren de distinto modo! — Y V. ¿ Cree tambien que merece este título? — Yo miro á Luis Felipe como á un hombre de talento que ha sabido aprovecharse de todas las circunstancias que le han abierto el camino para el Trono. Pero me parece que no esta en muy buena inteligencia con el clero. — Porque los cleros son muy fanaticos, unos..... — Perdone V. Me acuerdo de la conversacion que tuve yendo del Havre á Rouen, con un cura que seguia el mismo camino, y que me decia entre otras cosas que si el pueblo se obstinaba en hacer fuego contra Luis Felipe, era porque no estaba consagrado, pues para imponer al pueblo es preciso que la idea de respeto religioso vaya unida al título de Rey. — Pero si el mismo pueblo es el que no quiere que se consagre..... y ya sabe V. que el pueblo no se deja guiar en el dia por el clero. Nadie conoce mejor á los franceses con sus caprichos y vanidades que Luis Felipe: todos hablan de igualdad y de libertad; pero ninguno quiere que se le confunda con la masa del pueblo, y muchos periodistas que llevan la oposicion hasta el último extremo, renuncian á ella por un empleillo ó acaso por una cruz. Si



pedida esta no la consiguen, empiezan de nuevo sus clamores y se pasean por las calles de Paris con un clavel encarnado en el ojal de la levita, por que desde lejos hace el mismo efecto que la cinta. Luis Felipe triunfaria con facilidad de estas gentes, si le dejasen tranquilo los enemigos de la dinastia; pero estos son los autores de todas las conspiraciones y atentados contra la vida del Rey de los franceses.

## Variedades.

### Historia del Papa Gregorio

#### VII y de su siglo.

##### ARTÍCULO 12.

El dia siguiente debia ser un dia lúgubre solemnidad. Los padres concilio, los cardenales, prelatos y demas dignidades eclesiásticas se reunieron en el coro de la basílica, en donde se debia celebrar la formidable ceremonia. El Pontifice se presentó. Subió al trono. Llevaba estampada en su frente la tristeza y la severidad. Parecia sumergido en la mas profunda meditacion. Mandó que se leyesen las cartas del Emperador dirigidas al clero, al pueblo, y á el mismo. Despues de acabada la lectura se levantó: todos los padres del concilio se levantaron; cada uno de ellos tenia en la mano un hacha encendida, segun las costumbres. Gregorio VII bajó del trono, subió al altar y pronunció estas palabras;

«Bienaventurado Pedro, Principe de los apóstoles, escuchad á vuestro servidor á quien habeis sustentado desde la infancia, y habeis libertado hasta aqui de las manos de los malvados que han aborrecido y me aborrecen porque os soy fiel. Vos me sois testigo, y la Sta. Madre de Dios, y S. Pablo vuestro hermano, y todos los Santos, que la Iglesia Romana me ha obligado á pensar mio á gobernara, y que hubiera querido mas bien acabar mi vida en un destierro que usurpar vuestro lugar por medios humanos. Por esto he considerado como un efecto de vuestra gracia, y no como una cosa que haya yo merecido, estar sentado en la silla apóstolica. Creo pues, que vuestra intencion es que

el pueblo cristiano me obedezca; y que por vuestro favor he recibido el poder que Dios me ha dado en lugar vuestro *de atar y desatar* sobre la tierra y en el cielo. Con esta confianza y para gloria y defensa de la Iglesia, de parte de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espiritu Santo, y por vuestra autoridad, prohibo á Enrique, hijo del Emperador Enrique, el cual, poseido de un orgullo inaudito, se ha alzado contra la Iglesia, que gobierne el reino germánico y la Italia. Relevo á todos los cristianos del juramento de fidelidad que le hayan prestado ó pudieran prestarle. Prohibo á toda persona que le sirva como á Rey; porque el que quiere causar detrimento á la autoridad de vuestra Iglesia, merece perder la dignidad de que se halla revestido. Y porque ha reusado obedecer como cristiano y no se ha convertido al Señor á quien ha abandonado, juntándose con excomulgados, cometiendo muchos pecados y despreciando las advertencias que yo le he hecho, bien lo sabeis, para su salvacion; y separándose de nuestra Iglesia que ha querido dividir con un cisma: le ato el nombre vuestro con el anatema, á fin de que los pueblos sepan y sepan por experiencia que *tú eres Pedro, y que sobre esta piedra el Hijo de Dios vivo ha edificado su Iglesia, y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

Despues de pronunciar este solemne anatema, el Pontifice enmudeció. Los padres del concilio, bajando sus hachas apagaron la llama contra la tierra. La muchedumbre se retiró en silencio y llena de temor.

El anatema contra el Emperador hizo ruido en toda Europa y llenó de consternacion á la Italia y al imperio. Debia esperarse esto de un acto de severidad tan atrevido y desusado, sobre todo en un tiempo en que la creencia general divinizaba al Pontifice Romano, y se miraba todo lo que hacia como sellado con el sello de Dios. El clero rebelde se estremeció, los Monarcas se indignaron, Enrique IV en medio de su enojo tembló de miedo, los pueblos respetaron la decision del Papa y la aplaudieron.

Gregorio VII no se contentó con dar este paso. Escribió diferentes cartas á los obispos y á los señores y fieles del imperio de Alemania para explicar y justificar su conducta. En las unas inculcaba el derecho que suponía en la Iglesia de

excomulgar y deponer á los soberanos. En las otras recordaba la conducta de Enrique IV, y los esfuerzos que habia hecho el mismo Pontifice para que se enmendase. Añadia que habiéndose rebelado abiertamente contra la Sede Apóstolica, se habia visto precisado á excomulgarle por su maldad é impenitencia, y por haber despedazado á la Iglesia, introduciendo en ella un cisma. Exhortaba por fin á los obispos y señores á tratar favorablemente al Emperador si se arrepentia sinceramente de sus culpas y si lo acreditaba echando de su Consejo ó los simoniacos y excomulgados; tomando el parecer de los que preferian el bien de la Iglesia á sus propios intereses, y conformándose con la doctrina de los Santos Padres. En caso de no haberlo asi antes del plazo fijado, es decir, antes del próximo concilio que debia celebrarse en Roma; plazo que se le habia señalado en la Dieta de Goslaz, el Pontifice les encargaba que procediesen á elegir nuevo Emperador, con tal de que no lo hiciesen sin estar autorizados para ello por la Sta. Sede y sin el consentimiento de la Emperatriz Loes, madre de Enrique IV.

Las convicciones religiosas de aquella época estaban demasiado arraigadas y eran demasiado eficaces para no producir en los ánimos el mayor efecto. Aun aquellos mismos que por ambicion se habian asociado á las diposiciones violentas de Enrique IV se consternaron de todo punto. Los prelatos del imperio que se habian reunido en la asamblea de Worms, y habian votado la desposicion del Pontifice, enviaron diputados á Roma para que se les permitiese hacer penitencia. El arzobispo de Trevis fue en persona á implorar la clemencia del Pontifice. Algunos obispos se condenaron ellos mismos á emprender el viaje de Roma á pie y descalzos, y esperaron á que Gregorio VII les concediese la absolucion. Este recibió con los brazos abiertos á los eclesiásticos arrepentidos, y envió á los otros cartas de gracia. Los señores del imperio siguieron el ejemplo de los obispos, y se retiraron de la corte, sin hacer caso de las órdenes del Emperador que se lo prohibia ó les mandaba resistirse á ella. No querian tratar con un descomulgado para no ocurrir ellos mismos en el anatema. El Emperador se fue así quedando poco á poco solo y sin el apoyo aun de los mismos que habian sido el instrumento de sus fu-



ores y de quienes hubiera podido esperar una grande asistencia. Apenas logró conservar al rededor de una persona á los que por estar mas desesperados y resentidos procuraban alimentar su saña, decian que la sentencia de Roma era injusta, inútil y de ninguna consecuencia, y hacian cuanto podian para excitar á Enrique IV á cometer nuevos excesos; pero este, viendo menospreciadas sus amenazas, conocia demasiado que ya nada podia intentar, ni mucho menos ponerlo en ejecución.

Otro peligro mas urgente aumentó poco despues las mortales ansias del anatematizado Principe. Por una parte los sajones, quejosos del rigor con que se les trataba, y de que apesar de los pactos habian sido presos y encadenados los principales señores de su pais, volvieron á tomar las armas. Por otra varias dignidades civiles y eclesiásticas, de las mas notables del imperio, testigos de los desórdenes y de la confusion que reinaban en un Estado en donde se habia roto el vínculo que unia con los vasallos al Principe; y cuya peligrosa situacion empeoraba cada vez mas, resolvieron juntarse para deliberar sobre tantos males, y pensar en el modo de remediarlos prontamente. Rodolfo, duque de Suevia; Guelfo duque de Baviera; Bertoldo, duque de Carintia; los obispos de Watzburgo y de Worms y otros principales señores se juntaron en Jilma. Allí decretaron para el 16 de Octubre otra reunion en Tribur cerca de Magoncia, á la cual deberian concurrir todos los que tomasen á pechos la paz de la Iglesia y el bien público. Citaron principalmente á los señores de Suavia, de Baviera, de Sajonia, de Lorena y de Franconia, rogádoles en nombre de Dios y de la paz que abandonasen sus negocios particulares, para ir á tratar de tan importantes intereses.

*Continuara*

## Pasatiempos

### DE CUERPOS DE GUARDIA.

¡Dos días arrestado por haber ido á echar un trago á la taberna de enfrente!! ¿Es despota el tal sargento de guardia? pero paciencia: si llegamos á entrar un día en ac-

cion le ajustaré las cuentas á satisfacción. A cada uno le llega su vez: nada mas justo.

Al acabar de pronunciar estas palabras, con un acento provincial bastante pronunciado, el jóven Bernardo, soldado visón de 1829, entraba el 15 de Diciembre de 1830 en el cuerpo de guardia, con un aire de mal humor y un rostro tan sombrío y descontento, que provocara las zumbas de todos sus camaradas, que no le impidieron seguir refunfuñando, repitiendo entre dientes las mismas amenazas contra el sargento, ausente en aquel momento del cuerpo de guardia. A la primera expresion del mal temblado jóven, Riquet, soldado viejo del Imperio, acribillado de cicatrices, de color atezado, mirada feroz, con tres galones en el brazo y la cinta de la cruz de honor sobre el pecho, habia alzado lentamente la vista y fijádola en Bernardo sin decir una palabra; pero con una expresion del mas profundo desprecio, hasta que faltándole la paciencia se pasó dos ó tres veces la mano mutilada por sus vigotes, y volviéndose hácia el soldado.

—Conscripto, le dijo con aquella voz grave, peculiar á los granaderos: conscripto, eres un muchacho. Si estuvieras en campaña ya te espresarias de otro modo.

—Basta, mi buen viejo, respondió el provenzal. Ya lo veremos. Yo se lo que me di-o.

—Y yo te digo que no lo sabes; te digo que en campaña se olvidan todas las habladurias de los cuerpos de guardia, y que no se piensa mas que en el enemigo, y la prueba es que yo que te estoy hablando he salvado la vida á mi capitán en Rusia, aunque tenia sobre mi alma los quince días de arresto que me hizo sufrir en Viena, ciudad imperial donde entramos triunfantes con Napoleón despues de la batalla de Wagram.

El nombre del Emperador produjo un efecto eléctrico en el auditorio del granadero. Todos los ojos se dirigieron repentinamente hácia él, y todos entreabrieron los labios para pronunciar una misma frase.

—¿Has visto tú al Emperador?

—Lo mismo que os estoy viendo á vosotros, y le he hablado como lo estoy haciendo con vosotros, hijos míos, respondió el granadero retorciéndose los vigotes con aire de triunfo.

Y despues de haber desembarazado su boca del puro, que habia tenido cuidado de pedir á uno de

ellos, aprovechando su admision, Riquet prosiguió del modo siguiente, mientras que sus camaradas se sentaban en corro á su alrededor, y se disponian á escuchar con la mayor atencion su relacion.

Esto sucedió en Rusia el 6 de Noviembre pocos días despues del incendio de Viazna. Hacía un frio como no se ha visto jamás igual, en ningun pais del mundo. Nos batiamos en retirada, no delante de los rusos, que permanecian siempre á una respetuosa distancia de nuestro campamento, sino ante el frio, único enemigo á quea no pueden vencer los franceses.

Hacia ya mucho tiempo que se nos decia continuamente que llegaríamos pronto á Smolensko: que allí nos reanimaríamos, que se nos distribuiría una racion de pan parados y unos zapatos á cada uno. ¡Pero qué! no llegabamos nunca. A cada paso se veia interrumpida nuestra marcha por innumerables cosacos. Era necesario batirnos, y batirnos con el estómago vacío; pero vosotros conocéis los soldados franceses, hijos míos. En oliendo la pólvora desaparece el hambre.

Seis horas hacia que caminábamos sin habernos detenido un instante para tomar aliento, porque sabíamos que el que tuviese la desgracia de ceder al cansancio y sentarse, no se levantaría mas. Continamente nos azotaba la cara un viento Norte, inundado de copos de nieve, y á cada momento hollábamos con nuestros pies los cadáveres de nuestros compañeros muertos de frio y de hambre. De modo que aquel día nadie cantaba, no se oía un chiste; los jacaranderos de la tropa parecia que estaban mudos; y hasta los mismos veteranos aparecian tristes y meditabundos. Toda la columna marchaba taciturna y silenciosa, pareciendo mas bien una caravana de peregrinos, que una division francesa en campaña.

Mi capitán iba delante de mí, pálido y abatido en extremo, la vista empañada y los labios amaratados. El pañuelo blanco viejo, con que habia envuelto los pies durante la travesía, estaba empapado en sangre. A cada momento lo veía bambolearse como si estuviera borracho, quedarse atrás algunos pasos y alcanzar en seguida la columna con increíbles esfuerzos. De repente se pára, vacila de nuevo, dirige sus ojos hácia mí y cae. Aunque tenia aun grabados en mi corazón los quince días que me tuvo ar-



restado en Viena, os juro que aquella mirada indefinible me hizo olvidar todos mis resentimientos. El capitán era ya viejo, de un valor á toda prueba, y su muerte habria sido sin duda una pérdida irreparable para toda la compañía. Me aproximé á él: Diántres, capitán, le dije, vos no debeis quedaros ahí.

Por toda respuesta me señaló sus pies llagados y chorreando sangre que se helaba casi al tiempo de brotar de las profundas grietas.—Capitán, le repliqué, mientras que me lata el corazón, no hay que perder las esperanzas, y un veterano del Imperio no debe dejarse morir como una muger.

Tampoco me contestó nada esta vez; pero hizo un esfuerzo para levantarse: entonces le agarré por debajo de los brazos, y le incorporé. Se apoyó en mí y nos pusimos á andar de este modo para alcanzar la columna. Mas apenas habia dado algunos pasos cuando cayó de nuevo arrastrándome en su caída. Riquet, me dijo, no puedo andar mas, y la columna se adelanta, alcánzala y déjame. Escucha, si vuelves á ver un día la Francia, y pasas por el departamento de Isere, llega á la aldea de Voreppe á tres leguas de Grenoble; pregunta por la madre de Merlin, una buena vieja de 80 años... es mi madre... sino ha muerto abrázala en mi nombre y dile que el último recuerdo de su hijo fue por el Emperador y por ella... en seguida le entregarás este bolsillo y mi cruz. Estas palabras me habian conmovido en extremo, y á mi pesar, corrian abundantes lágrimas por mis mejillas rodando hasta empaparse en mis vigotes, donde quedaban heladas.

No, diántres, capitán, repliqué yo, no, aunque suceda lo que sucediere, no os abandonaré... Os salvaré ó pereceré con vos.

Riquet, mi valiente camarada, te lo prohibo; ¿entiendes? en nombre de la disciplina militar....

Yo no le contesté, y lo tomé en mis brazos. Vosotros conoceréis bien, hijos míos, que con este aumento de furnitura no podía seguir al paso de mis camaradas; de modo que bien pronto perdí de vista la columna, casi al mismo tiempo alcancé á ver una nube de cosacos que corría á galope tendido, hácia nosotros, la lanza en ristre, y pronunciando su horrible *hurra*. Mi capitán sufría de tal modo, que ni veía ni oía, permaneciendo insensible á todo peligro. Por mi parte, resuelto firmemente á no abando-

narlo, lo agarré por medio del cuerpo, lo tendí en el suelo, lo cubrí de nieve y me escurri hasta meterme debajo de una docena de cadáveres de mis camaradas, cuidando de colocarme de modo que pudiera dirigir la vista por medio de ellos, para observar todo lo que ocurriera. Bien pronto llegaron los cosacos al sitio en que nos hallábamos, dando lanzadas á derecha é izquierda, y mutilando los cadáveres con las herraduras de sus caballos, verdaderamente salvajes, que ni tienen la delicadeza ni la finura de nuestros caballos franceses y que os plantan un pie sobre la cabeza, con la misma indiferencia que lo sentarán en el empedrado de una gran calle.

Diablos, dije entre mí; y en verdad que no me gustaria que uno de estos me acariciase de este modo la cabeza. Y en el mismo instante en que me estaba haciendo esta reflexión, he aquí que el pie de uno de aquellos malditos brutos se apoyó tranquilamente sobre mi brazo izquierdo, y me lo quiebra con el mayor primor. A pesar de que el dolor que sentí en aquel momento era incalculable me aguanté, sin dejar escapar el menor gemido, porque sabia bien que al menor indicio, al mas pequeño movimiento me hubieran rematado, y no obstante estar mutilado quería vivir todavía. *(Se continuará.)*

#### ANÉCDOTA BASTANTE CURIOSA.

Es bien sabido que el Emperador y la Emperatriz de Rusia pasaron algunos dias en Dresde durante el mes de Julio, en cuyo tiempo se dice ocurrió la anécdota siguiente:

Un jóven frances llamado el Conde de Vermont, que iba á la Nubia, estaba algun tiempo habia en la capital de Sajonia. Por mauia bien inocente tenia este mancebo una gran barba larga á estilo de la de los árabes, y que él apreciaba mucho. El Emperador Nicolas tiene grande horror á las barbas; las prohibió en Rusia, con especialidad las que se asemejan á las que usan los judíos y los franceses jóvenes (son las mismas palabras del ukase). M. de Schæder, enviado de Rusia en la corte de Sajonia, queriendo adular á su amo con motivo de la única barba larga existente en Dresde, reclamó del Gobierno sajón la espulsion del individuo que la usaba, y se dió

al conde de Vermont el plazo de 24 horas para salir de la ciudad: pero este se puso bajo la proteccion del Ministro de su nacion, M. de Bussieres, el cual cerciorado de que no se acusaba á M. de Vermont de otra cosa mas que de su barba, declaró que si el Gobierno sajón espulsaba de Dresde á los franceses por tener las barbas largas, el Gobierno frances, usando de represalias, se veria obligado á echar de Paris á los sajones que la tuviesen afeitada. Esta opinion del agente diplomático frances terminó el incidente: se permitió al Conde de Vermont quedar en Dresde; y este se presentaba adrede con sus barbas largas en todas partes, por donde pasaba el emperador.

#### VENTA DE BIENES NACIONALES.

*En virtud de la prevencion 2ª del Art. 3º del Real decreto de 19 de Febrero de 1836 y Art. 35º de la Instruccion de 1º de Marzo del mismo año sobre venta de bienes nacionales; se hace saber al público para los fines consiguientes que habiendose sacado á 2º remate el dia 8 de Noviembre proximo pasado la finca nombrada casa blanca que se anunció en los periodicos de esta Capital con fecha 22 de Octubre último resultó que la postura mas alta hecha á la misma fué la de 11270 rs. vn.*

*Santa Cruz de Tenerife Diciembre 4 de 1838.—Francisco Diaz Leal.*

#### OTRA.

*En virtud de la prevencion 2ª del Art. 3º del Real decreto de 19 de Febrero de 1836 y articulo 35 de la Instruccion de 1º de Marzo del mismo año sobre venta de bienes nacionales; se hace saber al público para los fines consiguientes que habiendose sacado á 2º remate el dia 3 de Noviembre último las tres casas que se anunciaron en los periódicos de esta Capital con fecha 20 de Octubre próximo resultó que la suma total de las mayores posturas hechas á las mismas ascendió á 31226 rs. 6 mrs. vn.*

*Santa Cruz de Tenerife Diembre 4 de 1838.—Francisco Diaz Leal.*

Editor responsable P. M. RAMIREZ.

Imprenta de El ATLANTE.